

CUARTA COMISIÓN: *Problemas actuales de la Antropología  
Filosófica, la Filosofía de la Historia y la Filosofía  
de la Cultura*

## Hacia una analítica de la “situación”

*Cástor Narvarte*

1. EL CONCEPTO de situación alude, primariamente, a la ubicación espacial de algo. Y, a la vez, a la acción y efecto de ese estar en la ubicación (como ocurre con las palabras castellanas de sufijo “ción”, que aluden al acto y al resultado del acto: ordenación, producción, etc.).

Ubicación, acción realizada por lo que se ubica y resultado de esa acción son “momentos” de la situación, la que se nos manifiesta como una estructura o conjunto de seres vinculados entre sí en una trama. El concepto de situación nos remite a una estructura de integración óptica (temáticamente la más amplia) en la que los contenidos son, de hecho, numéricamente indeterminados, aunque no teóricamente indeterminables.

Una primera determinación abstracta de la situación nos la presenta como referencia a algo que se sitúa: el punto en el sistema de coordenadas, la piedra en el campo, el hombre en su circunstancia. La situación requiere del ente que se sitúa. Aparece como una estructura de relación entre un ente y su contorno.

2. Aristóteles incluía entre las Categorías la que se ha traducido por “situación”: “keisthai (infinitivo en voz media pasiva de keimai), que suele traducirse con mayor fidelidad por “yacer”, aludiendo a la idea de inercia, abandono (Cat. IV ib 25). Un término castellano más aproximado sería, tal vez, “hallarse”. Esta categoría queda señalada en el estudio de la Relación (pros ti) como derivada de la “posición” (thesis), pero no tiene un desarrollo independiente. La “posición”, a su vez, es un relativo (he thesis tinós thesis léguetai: la posición se llama posición “de” algo Cat. VII 6b 6). Aristóteles insiste en el Cap. IX que la categoría del “hallarse” resulta parónima de la posición: “Se habló también del ‘keisthai’ en la Relación porque se considera parónimamente (las situaciones) desde las posiciones”. Y se dijo explícitamente con anterioridad (6 b 10) que las “situaciones” no son posiciones, sino derivados (parónimos) de ellas. El “asiento” o asentamiento es una “thesis”; sentarse o estar sentado, no lo es.

Conviene tener en cuenta que Aristóteles usa un infinito verbal para designar la categoría y que cuando se refiere a ella tratando de destacar-

la teóricamente, la propone como derivado de un sustantivo de otra raíz (thesis, de títhemi, colocar o poner). El resultado más visible es la dependencia de la categoría (como parónimo) de un concepto de relación. El segundo resultado será que una concepción estática de la situación prima en el estagirita. La situación, concebida como un hallarse relativo y estático se caracteriza como “yección”, insistiéndose en el aspecto “pasividad”. Dos dimensiones concurren para darle sentido: una *acción atenuada* (hallarse sentado o de pie) y una *referencia a* o relación, anotada como posición. El debilitamiento de la acción frente a la relación es patente y por referencia a ésta queda por Aristóteles establecida la categoría.

Una disquisición terminológica (fecunda cuando entraña un problema de sentido) nos permite acercarnos a la concepción de la “situación” en Aristóteles. A una intuición dinámica se sobrepone un concepto estático. La categoría no queda explícitamente determinada y la comparación entre situación, lugar (pou), estado (ékhein), acción y pasión (poieín, páskhein) no se intenta, aún cuando parece necesario, Aristóteles concibe la situación como una determinada *manera de estar* (de pie, sentado), cuyas conexiones se desconocen. Así, ignoramos cuál pueda ser el papel de la ubicación en el situarse. La ubicación (pou = en donde) deberá concurrir al acto de hallarse, pero lo connotado en la categoría es una afección modal, un ponerse en tal o cual postura. La situación, como atribución concreta de lo que se sitúa (la “estancia”: cusía) queda indefinida, sobre todo, con la Relación como resultado de su paronimia (que puede incluir o excluir la categoría del término del cual es parónimo).

La parquedad de Aristóteles al tratar esta categoría y el modo negligente de referirse a ella, la hace de muy difícil comprensión. 1º Porque deriva de un concepto de relación (la posición). Esto plantea dos problemas: a) terminológico; la diferencia entre el término denotando posición (thesis) y el que denota situación (keisthai) es lógicamente poco significativa, como puede verse con mayor claridad si comparamos anáklisis con anakeísthai. Ambos términos denotan acto, aunque el primero tengamos que entenderlo como “posición” de sentado y el segundo como el “estar” correspondiente; b) categorial; la paronimia puede significar la inclusión del keisthai en la categoría de la relación o su exclusión. Y en este caso, la inclusión en otra categoría o su absoluta independencia. 2º Porque la posición se dice *de algo* o respecto de algo, pero a) no se aclara si tan sólo la posición en tanto que género (thesis) o si las posiciones especiales también (anáklisis, kathédra); b) cabe preguntarse

si la posición lo es *de* las posiciones especiales (como la ciencia es ciencia de la gramática) o si de otra cosa. Y lo mismo de las situaciones.

Desarrollando con alguna libertad la problemática hallada (lo que creemos que se justifica en vista de nuestro propósito de poner de manifiesto la temática que concurre al concepto de situación), encontramos: 1º a) la diferencia verbal (la paronimia) no permite una diferencia de sentido como para destacar "la situación" como categoría independiente. El origen de este ser el *keisthai* tomado como categoría, es otro; b) no valdría entonces el argumento "lógico" de su distinción predicativa para explicar el origen de esta categoría como categoría. Ni sería imposible que perteneciera a la Relación (tiempo y lugar son modos de la Cantidad). Por otra parte, sólo la posición como género es un relativo; las posiciones determinadas entrarían en la Cualidad o (y) otra —si con la thesis ocurre lo que con la episteme en cuanto relativos—. Las diferentes situaciones (caso de ser la "situación" un relativo) serían cualidades en los casos especiales. 2º *De algo* o respecto a algo puede ser: A) de algo externo, del contorno. En tal caso, a) entraría de lleno en la categoría del lugar y por tanto, de la cantidad. Una posición que no se manifieste en relación con el contorno desde una ubicación, es incomprensible. De modo que la Categoría de la situación aparecería en correlación con la relación, la cualidad, el lugar y la cantidad; b) podría entenderse la situación en relación con otro objeto. La referencia al lugar sería, de todos modos, indefectible. B) Puede no ser respecto de contorno, sino del sujeto, y entonces caben tres posibilidades: 1) relativa al sujeto, *del* sujeto. "Alguien" está sentado o de pie. La situación es relativa al hombre que se sienta. (Pero de este modo todas las categorías serían relativos, puesto que todas ellas —excepto la *ousía*— están en un sujeto y no existen independientemente del sujeto). 2) Como manera de estar en relación con una posición "normal" (la erecta en el hombre, por ejemplo). En tal caso, el sujeto en posición normal no tendría posición. Y si la posición ha de ser necesariamente relativa, ¿con respecto a qué lo sería esta posición normativa? 3) Finalmente, podría entenderse la posición relativa a una parte o un objeto poseído por el sujeto. Por ejemplo, estar sentado en la posición del cuerpo del tal sujeto. Llevar la cabeza ladeada o el sombrero inclinado serían posiciones de la cabeza y del sombrero, respectivamente, pero no del sujeto mismo.

Consideramos legítima la problemática hallada en el primer punto. Probablemente ilegítima, en cambio, la del segundo, si se pretende acla-

rar el sentido que pudo tener en Aristóteles esta categoría. Su posterior eliminación de la tabla categorial nos permite suponer que se encontró con dificultades insalvables para mantenerla como categoría independiente. No obstante, este análisis de la idea de situación en Aristóteles nos ha puesto frente a varios temas implicados en toda analítica de la situación: 1) La situación como concepto de *relación* entre un ente y algo (su circunstancia o él mismo). 2º La situación como modo de relación con la circunstancia entendida como *lugar*, que podemos entenderlo no sólo como espacio, sino como tiempo, momento histórico, estructura social, etc., (es decir, entidades “de conjunto”). 3) Como modo de relación con seres *concretos* de la circunstancia: objetos, instituciones, animales, seres humanos. 4) Como *modo de ser* y estar del sujeto (vivir, existencia, etc.) en un sentido eminentemente cualitativo. 5) La pregunta por ese estar relativo y ocasional del hombre en vista de una *natural* manera de ser, que sería como el punto de referencia normativo de ese positarse en la circunstancia, siempre parcial y relativa. 6) La situación como un modo de relación del ente consigo mismo, o mejor, entre el sujeto y alguna facultad, potencia o haber del sujeto.

Ahora bien, la situación parece ser algo más en la filosofía de Aristóteles que una categoría. Es lo que trataremos de demostrar escudriñando la intención originaria de la teoría, es decir, en virtud de qué especial visión elaboró Aristóteles la tabla categorial. La situación lo es de lo que se sitúa, el *keisthai* de la *ousía*. Y la *ousía* es el concepto ontológico capital de la filosofía aristotélica. Luego, el camino de esta dilucidación debe hacerse al hilo de la ontología. La ontología aristotélica se constituye a partir de una exigencia: el conocimiento del ente en tanto que ente y de aquello que de por sí le pertenece. Esta exigencia destaca una distinción entre el ente por excelencia y el ente por accidente. La pregunta por el ser se concreta en la pregunta por lo que propiamente es, y una reducción triple, lógica, gnoseológica y “real” (Aristóteles, dice “en el tiempo”) destaca a la *ousía* entre los entes poseyendo la primacía absoluta. La *ousía* es, en un primer sentido el individuo real (*tode ti*) y en un segundo la esencia (*to ti en einai*). A esta duplicidad en el concepto de *ousía* se añade otra en el concepto de accidente: es lo inesencial, esporádico, azaroso (que no puede ser objeto de *episteme*) y también, lo que se le atribuye al ente y está fundado en su esencia, pero no entre en ella (y es objeto eminente de *episteme*). En virtud de tal doble deslinde, lo que es (*to on*) queda contemplado como “lo que aparece propiamente

siendo" (ousía, estancia pertenencia) y a una conversión del ente en tanto que ente, en ousía, corresponde una conversión de los accidentes en categorías. Y podría suponerse que si la ousía es el ente en cuanto ente ("lo que es" en propiedad), las categorías serían los accidentes por excelencia. Lo que no parece ser así en la teoría del estagirita, que conserva el primer sentido de accidente (lo inesencial, azaroso). Esto se explica, porque la reducción no se verifica en una misma línea. El ente ha sido caracterizado como ousía por una reducción analítica enfocada por la idea de ente por excelencia (y dirigida a destacar su núcleo); en cambio, las categorías se han señalado en función de la idea de ousía y no de la de accidente. La reducción óptica se efectúa en dos sentidos: 1) como convergencia de las diferentes acepciones del concepto de ente en lo que se manifiesta ópticamente preeminente (la ousía); 2) en cuanto la ousía se obtiene por una eliminación de aquellas acepciones que no son ente en sí, sino en otro. Y la concepción de la ousía guarda siempre esta duplicidad. Es el ente integral (cubre, contiene a todos los demás entes) como "tode ti"; es también la esencia pura, desprovista de concomitantes (se distingue de todos o casi todos los demás entes) como "to ti en einai". La obtención de la ousía por reducción óptica responde a un proceso de integración y depuración de lo que el concepto de ente expresa y contiene (el ente como *ente*). En cambio las categorías (como accidentes) no se obtienen por un proceso reductivo semejante (es decir, de integración y depuración de lo que el concepto de accidente expresa) sino por un proceso de *reducción relativa* al concepto de ousía. Las categorías —otras que la ousía— son conceptos funcionales.

Nos interesa retener el primer sentido de la ousía, como "tode ti". Es el que podríamos llamar, con terminología moderna, existencial. Ahora bien, es necesario anotar que la preeminencia del *tode ti* en la teoría de las categorías no basta para determinarlas. Es un determinado individuo el que aparece sometido al tiempo y al lugar, a la acción y a la pasión, a la situación y al estado, a la relación sobre todo, con otros entes. Se ha observado que las categorías son predicables tan sólo de seres vivos, y esto con restricciones. ¿Podemos de un objeto como el Partenón predicar un "hacer" cualquiera, como no sea por metáfora? ¿Podemos predicar una "manera de estar"? Hay que admitir una previa selección de un ente real como ousía que haga posible la predicación de todas las categorías, y de la selección de este ente dependerá la selección de las categorías. No puede con certeza determinarse, pero todo nos conduce a

pensar que Aristóteles tenía en vista un modo de ser y de comportarse tal que fuera necesario admitir un vínculo, un contacto activo con el medio, una apertura al contorno. Este ente real lo sería en una circunstancia y esta su inserción en una circunstancia explica sus modificaciones y, por exclusión, sus notas diferenciales. La tabla de las categorías se habría originado por una consideración de aquellas determinaciones del ente que surgen en la consideración de su estar ínsito en una circunstancia, que requieren un comportamiento, una vida. Es Sócrates, por ejemplo, dotado de tales cualidades, de tal tamaño, hijo de Sofronisco, quien está en el ágora en un momento dado, de pie y calzado, preguntando (a Hipias) y siendo por él preguntado. La teoría de las categorías de Aristóteles parece haberse originado por un análisis de la "situación vital" y, más precisamente, humana.

Ahora bien, los distintos aspectos de la situación han sido convertidos en géneros de toda posible predicación y la situación misma ha sido desconsiderada en vista de la especial concepción ontológica de Aristóteles, según la cual los aspectos de la situación han sido concebidos como meras prolongaciones del ser. Se omite la intuición previa que las conforma originariamente y el resultado es una *estructura abierta*, es decir, parcial y susceptible de integración. El origen de la teoría de las Categorías en Aristóteles es óntico-situacional, y sólo por su proyección gramaticológica se desarrolla como tabla de los géneros supremos de la predicación. El criterio de "descripción empírica" es sólo parcialmente verdadero. No constituye en sí mismo un criterio que permita llegar a una tal ordenación. Es excesivamente indeterminado y no implica una concepción de lo real como *ousía*. Su colaboración en el tratado debe entenderse como un recurso complementario, o mejor, como material de una investigación movida por una previa concepción del ser. Tal vez podría también considerarse como la fase gnoseológica del análisis, a la que hay que añadir, sobre todo, la concepción existencial orientada en situaciones humanas. Un dato en favor de esta tesis sería la posibilidad de clasificar las categorías, para los efectos de determinar lo que pertenece a *lo que es siendo* y lo que se le añade en virtud de sus especiales modalidades de ser, en categorías intrínsecas y extrínsecas. Las primeras serían las de cantidad y cualidad; extrínsecas las restantes, con excepción de la Relación, que podría ser considerada aparte con la función de establecer un ligamen entre el individuo y la circunstancia. *Lugar y tiempo, estado y posición, acción y pasión constituirían los accidentes del ente por causa de una circunstancia*

*puesta entre paréntesis.* La teoría de Aristóteles parte tácitamente de una *epokhé* de la circunstancia. De ahí la tendencia a concebir estáticamente la situación como "manera de estar" y la preferencia dada a las categorías llamadas intrínsecas. Más aún, el concepto de thesis en Aristóteles lleva a una dificultad reveladora. Hemos insistido en la vaguedad de la expresión "he thesis *tinós* thesis leguetai" y lo inconvincente de poner la posición como género *relativo* a las especies. Otra cosa sería si la thesis se predicara explícitamente "pros ti é tina", es decir, posición ante algo o alguien, como ocurre en Sartre, para quien la situación es, abiertamente, posición, y lo es en "relación a", pero al medio, al semejante, a determinados fines.

No tenemos razón suficiente ninguna para rechazar la posibilidad de que la ontología sea planteada sobre tales supuestos aristotélicos. Hemos querido anotar tan sólo la importancia de una analítica de la situación destacándola por referencia a Aristóteles, en quien encontramos el primer antecedente de la idea de situación. Hemos intentado demostrar, además, que el tratado de las categorías se originó por una intuición óptico-situacional del hombre y que, pese a la insuficiente y casi nula consideración de esa categoría por el gran filósofo, un estudio detenido puede ser fructífero. A la filosofía contemporánea ha correspondido descubrir el drama que se origina en el momento de determinar qué pertenece al ser humano y qué a la circunstancia. La ontología aristotélica se pone en marcha previa una ideación abstractiva de los elementos (aspectos) implicados en la circunstancia y la omisión de la circunstancia misma.

3. Pero un punto de partida abstracto no puede satisfacernos. Constituiría siempre un aspecto, superable por su remisión a la situación de que la abstracción surge como expresión parcial de una totalidad concreta. Un progreso en el conocimiento de la situación nos llevará a alcanzar el punto límite de sus posibilidades de realización. Esta exigencia responde, no sólo a la naturaleza de la situación como estructura integradora (en la realidad), sino también a la exigencia de conocimiento que pretende obtener de su objeto la más amplia connotación posible. La situación nos remite a los diversos aspectos intrínsecos y extrínsecos que afectan a un sujeto: los datos que lo constituyen, las modificaciones que experimenta. Así considerada, la situación es la estructura de un comportamiento y es característico que, como tal estructura, integre en relación recíproca a todas las categorías. Puede concebirse como lugar y cualidad, tiempo, haber, acción y pasión.

La búsqueda de una situación en la plenitud de su sentido (por lo menos hasta donde podemos lograrlo por medios racionales) nos remite al mundo humano. La expresión misma “mundo humano” designa al hombre como ente que se sitúa. La situación quedaría determinada como relación del hombre con la circunstancia. Y al hablar de plenitud de sentido tenemos en cuenta la connotación de la situación por referencia a aquel ente en el cual la situación adquiere teóricamente su completud, y para quien el conocimiento de su relación con la circunstancia se presenta problemático y urgente: el hombre. Pero estas determinaciones no nos dan más que una vaga referencia al hombre como concepto que no esclarece su esencia. La concepción de la situación en el nivel esencial nos remitirá al hombre concebido en su esencia. ¿Como qué queda determinado situacionalmente?

4. El término “situación” no queda delimitado a su designación posicional (espacio temporal), si se acepta lo señalado hasta aquí. Tampoco lo quedaría, de acuerdo con el origen lingüístico del término. “Situs” (del que derivó, suplantándolo, “situatus”) significó en latín el hecho de colocar o dejar algo, de estar colocado o puesto, con el sentido peyorativo de abandonado, descuidado; de donde, en un sentido concreto indicaba el estado o resultado del abandono (suciedad, desorden). El término “situación” reflejaría, si se trata de conservar el significado primitivo, una concepción del ente como abandonado o desamparado. Estar situado equivaldría a estar arrojado, “ex-puesto”. Es evidente la idea de una cualificación inserta en un ente que se encuentra ahí, en algún lugar “puesto”. (Un interesante tema de estudio sería el del posible parentesco entre situs y los términos de la raíz de “sisto”, de donde *existo*. “Situs” como “conditus” contiene el significado, común *con-sisto*, de colocar, establecer, erigir). La palabra latina no añade nada a la griega (keisthai); insiste tan sólo en el sentido “dejación” o “dejadez” a la que se da un carácter abiertamente cualitativo. Al sustantivo y al adjetivo “situs” se le suma el participio “situm”, adoptado en la traducción latina de “keisthai” en la forma compuesta “situm esse” (ser sito o, mejor, haber sido situado) para reproducir la idea verbal de la categoría de Aristóteles (el infinitivo “sinere” no refleja la idea física de posición, sino la de dejar o permitir).

La idea de lo abandonado, puesto así o ex-puesto contiene la (opuesta a usus) de un encontrarse fuera de lugar, de alguna manera sacado de su ámbito connatural, del mundo que le pertenece (o al cual pertenece

ce), es decir, enajenado o alterado. Decir situación humana equivaldría a decir compromiso del hombre con la circunstancia. El compromiso alude a la forzosidad con que en el hombre se presenta su relación con la circunstancia. A su vez forzosidad, compromiso, apuntan a esta alteración del ente por su no cabal adecuación con la circunstancia, y hasta tal vez, por la necesaria inadecuación con la circunstancia. El hombre, en cuanto situado aparecería deprimido, coaccionado, arrojado y hundido en el desamparo por su ingreso (por su darse) en el ámbito situacional. El sentido por el que en lenguaje fiel a la tradición usáramos el término, nos remitiría a la idea de estar y ser en el seno de un compromiso con la circunstancia en un estado de "yección" (*geisthai*, *situm esse*). Y siempre será un ente determinado el que se halle circunscrito. Decimos "in-situ" cuando queremos reforzar la idea de "situs".

5. Es importante constatar que las grandes corrientes de la filosofía contemporánea, y no sólo las que han intentado un replanteo de la metafísica, proceden como vía de justificación metódica, por análisis de situaciones humanas especiales. Por distintos que puedan ser entre sí el pragmatismo, las filosofías de la vida y de la existencia, coinciden todos en enfocar en amplia medida para sus tesis el tema de la Situación. Esto ha significado una reordenación de la temática tradicional de la filosofía y la apertura de nuevas zonas de investigación. La incidencia en el tema de la situación ha sido, por otra parte, particularmente anárquica, es decir, sin sometimiento a principio, punto de referencia común, método, etc., pero en todo caso libre del aherrojamiento tradicional. La característica más señalada de esta insistencia en el tema de la situación sería su elección como tema obligado (previo o auxiliar) de toda discusión acerca del sentido de la pregunta por el ser, acerca de la realidad radical (de la que toda otra forma de realidad es derivada) y también, de las condiciones lógicas y epistemológicas del conocimiento (importancia del medio social o de la historia, por ejemplo).

Su significado puede señalarse: 1) por la dirección "antropológica" de la filosofía (y, sobre todo, por intentarlo en metafísica); 2) por el relevamiento de las categorías consideradas como secundarias por Aristóteles, las que hemos llamado extrínsecas. Así, se concibe la esencia del ser ahí en su "ser *relativamente a*"; se propone el *tiempo* como horizonte trascendental en la pregunta que interroga por el ser (Heidegger); la *situación*, como lugar histórico y social se convierte en el fundamento constitutivo de las ideas y creencias que condicionan la concepción del mun-

do (Ortega); la *acción*, en forma de “élan”, o devenir, o principio del ser de la inmanencia acosa a la metafísica del ser y pretende suplantarla (Bergson, Blondel); la *pasión* es la esencia del hombre, en el órgano que acoge la incertidumbre objetiva propuesta como garantía de la verdad existencial (Kierkegaard); de la idea de un compromiso con la circunstancia nace la de un “*haber*” del hombre, que se manifiesta como estado de dominio (de útiles, conocimientos, creencias. . .).

Se ha señalado como motivo del fracaso de la metafísica a lo largo de la historia el haber tomado muchos de los filósofos al ser por unos de sus aspectos. No es necesario, en verdad, ir muy lejos en el pasado para descubrir este hecho; basta con recorrer la profusa temática que nos ofrece la filosofía contemporánea. Lo que hemos llamado el relevamiento de las categorías tenidas por secundarias por Aristóteles, podría extenderse a todas las categorías y poner de relieve este estado más exactamente como *la tendencia a la suplantación del ser por alguna o varias de las categorías*. Esto, que ha sido apuntado respecto de las categorías extrínsecas podría afirmarse también de las otras. Así, la pretensión de conocer y explicar el mundo exterior, única y exclusivamente por relaciones matemáticas, superando aún los conceptos de materia y energía clásicos y trascendiendo toda imagen, revela una fuerte tendencia a concebir lo real como “lo cuantificable”, o bien, pura y simplemente “cuantificación”. Y cuando se pretende en epistemología que el conocimiento físico es el modelo de todo conocimiento de lo real, ¿no se nos hace presente el intento de convertir a la categoría de la cantidad en capital y omnisuficiente? Y más aún cuando se trata de eliminar toda referencia a una “realidad” y su sustitución por la noción de funcionalidad (Blanche). En la misma línea debe entenderse el intento por reducir “la cosa material” a contenidos sensibles, es decir a cualidades trabadas en relaciones lógicas ( semejanza, continuidad). “Cosa material”, sería un nombre o signo para aludir a esa construcción lógica a partir de contenidos sensibles cuyas cualidades reales serían simplemente contenidos sensibles privilegiados, es decir, más convenientemente medibles (Ayer).

Por otra parte, en la idea misma de situación se ha intentado suplantarse la del ente, al sostener que la situación es, originariamente una totalidad cualitativa, un campo de experiencia que posibilita el conocimiento, de un modo en principio indiferente a la distinción analítica de sujeto y objeto (Dewey). La situación sería, ante todo, “sentida”. En esta concepción notamos el intento de conceder a la cualidad (muy especialmente

entendida) preeminencia sobre toda otra categoría; sobre todo, ante el carácter entético de sujeto-objeto en relación.

Del modo más explícito se ha identificado al ser con la situación al decir que "el para-sí no es sino su situación" (Sartre). Esta afirmación, interpretada, nos revela la pretensión de absorber en el concepto de situación al ente, con la mira de caracterizar la realidad humana (pues con ella la situación surge como tema) sometida a una circunstancia siempre parcial, variable y relativa, una realidad humana a la deriva, sin ser (esencia o naturaleza propia).

Si la categoría de la situación tiene alguna primacía, ésta es tan sólo metódica. La situación es la categoría más general para traducir a la vez la estructura o complejo totalizante de la realidad (es decir, aprehendida en sus nexos esenciales todos) y el comportamiento del ente en cuanto dado efectivamente en la realidad (y considerado a su vez en las atribuciones más generales). La situación es una *unidad de sentido* en el orden de lo real. La realidad no se compone de entes, simplemente, de seres en los que se reconoce ciertas notas como la espacialidad y la temporalidad; la realidad se nos manifiesta como conjunto de entes *realizándose* en situaciones determinadas. La situación como concepto está directamente referida a una forma de lo real. La situación viene a ser la más rigurosa expresión para mentar la realidad como "configuración". Es como estructura comprensiva, el supuesto de toda descripción con sentido.

Pero no saca de sí la situación su realidad, sino de los entes que se sitúan (y de algunos entre ellos). No hay situación sin ente. El ente es la condición real de la situación y sólo con ocasión de su existencia puede ser cualificada. El vago concepto de "objeto" es, por lo demás, inaceptable para convertirse en punto real de referencia, y también podría descubrirse el intento de suplantar *lo que es* (como concepto de existencia) por lo que está ante o frente (a la conciencia). La exigencia de arraigar el conocimiento en *lo que realmente es* es una constante de las grandes filosofías de todos los tiempos, a la que el hombre no debe renunciar. Esto que realmente es, puede descubrirse a posteriori (u ocultarse) en un análisis psicológico o gnoseológico. Ello no quita su precedencia ontológica. Y precedencia ontológica significa, precedencia ante la inteligencia humana en su exigencia radical. Sin la consideración de lo que se sitúa, concebido como lo que existe, la situación sería no sólo no-genuina, sino ininteligible. Ahora bien, todo ente sujeto a nuestro conocimiento directo e inmediato no sólo es dado, sino también ínsito. Esto significa que una teoría

del ente en tanto que ente requiriera, como complemento indispensable, de una fenomenología del ente en situación.

6. El primer tema de fondo que una analítica de la situación debe encarar es el ya apuntado: como qué queda caracterizado el hombre en cuanto ente que se sitúa. Esta investigación debe ser paralela a una descripción de la situación para el hombre. Una primera aproximación esencial al concepto de situación lo hemos alcanzado por el análisis de la categoría del *keisthai* en Aristóteles, por algunas notas del contenido latino del término y las aclaraciones respecto de su comprensión en el lenguaje del presente. El desarrollo de la analítica a partir del tema capital (la determinación esencial del hombre) deberá realizarse en un nivel de comportamiento humano elegido como humanamente propio. No es necesario que exprese un comportamiento humano medio, ni puede determinarse previamente como genuino (puesto que la genuinidad será lo que obtengamos como resultado). Será la búsqueda de esta genuinidad lo que mueva el análisis con el propósito de alcanzar la determinación esencial del hombre. Este nivel debe *sernos ofrecido* como la materia de nuestra investigación. Esta investigación puede emprenderse por varias vías entre sí complementarias: 1) poniendo de manifiesto la dinámica en que se encuentran los elementos de la situación relacionados; 2) recurriendo a la historia como la más amplia perspectiva de nuestro conocimiento del hombre; 3) desarrollando métodos de descripción empírica prolijos, ya sea con la ayuda de los ensayos antropológicos, de la psicología biográfica, de la novela, etc. Es necesario, ante todo, evitar la precipitación al proponer un conjunto de determinaciones como pertenecientes por esencia al ser humano, la descripción caprichosa y la abstracción, encubierta a veces por la fácil excusa de una experiencia personal o de la insistencia en el carácter existencial.

Vamos a terminar con esta introducción a una analítica de la situación, desarrollando esquemáticamente los dos primeros métodos.

1. Ya nos referimos al carácter de forzosidad de la situación. Esta forzosidad se efectúa en dos direcciones: desde la circunstancia al ente y desde éste a la circunstancia; ambos momentos son el aherrojamiento y el dominio. Pero frente al carácter expositivo de la situación encontramos dos diferentes procesos (que son como recursos del "dominio" en formas de vida en la que una de las direcciones se intensifica): los procesos de interiorización y de compenetración. El mundo humano queda definido en virtud de la realización progresiva de este doble proceso. Dentro del

carácter de "expuesto", el compromiso se plantea en términos de influencia masiva o de reacción. La reacción espontánea ante el contorno es sólo posible en los procesos llamados biológicos. Al concretarse la situación como humana aparece en el hombre una nueva dimensión, la intimidad, en que la relación con el contorno no es inerte ni puramente receptiva y reactiva. En la intimidad, se pregunta el hombre por sí mismo, por sus disposiciones, y decide reflexivamente. La situación será tanto más originaria cuanto de un modo más cabal se realice el compromiso con la circunstancia desde esta dimensión de intimidad. El término "interiorización" es usado como proceso activo en un doble sentido: reflexivo, a la búsqueda de estratos más y más "significativos" (no lógicamente significativos, sino por respecto a las exigencias, intereses y necesidades subjetivas del hombre) y como proceso cognoscitivo de conciencia refleja que objetiva y da sentido a su ser en situación en las diferentes categorías. Y por compenetración entendemos el modo de relación con los entes de la circunstancia, que ha quedado señalado primariamente como compromiso y que encuentra su precisión como modo de influencia mutua, de tal manera que el hombre se sienta contando con los elementos de la circunstancia, ya sean favorables o adversos, como mundo, ante el cual y por el cual es capaz de mirarse a sí mismo como siendo en comunión con otros hombres y siendo algo para sí y para ellos. El mundo es, así, el ámbito de ejercitación de sus posibilidades como un ser determinado y no sólo la forma de sus límites.

La relación del hombre con su mundo no es optimista, ni pesimista, ni necesariamente dolorosa o desesperada. Más allá de estas reacciones primarias (ocasionalmente necesarias), descubre el hombre lo genuino de su mundo en la obtención de determinadas formas de vida (política y arte, religión y ciencia). El sujeto o supósito humano en cuanto protagonista de un destino, sujeto de responsabilidades consigo mismo y sus semejantes, ser dotado de interioridad, autoconciencia y racionalidad, es lo que en filosofía se ha llamado "persona". La persona es una totalidad subsistente, sujeto moral y político, para quien la situación es una realidad doble: en su existencia y ante su conciencia. La persona no es tan sólo el individuo psicofísico ni un ser social innominado; es un ser pensante, capaz de elegir, de amar y crear. Esta sería la respuesta tradicional al problema del hombre concebido en su realidad específica y dado en la situación. La situación humana, en los límites de su realización integral nos llevaría a reconocer como supósito de tal situación humana originaria, *la persona en su mundo*.

Algunas filosofías del presente han dado otra respuesta. Una corriente ha respondido a la vez a la pregunta por la realidad radical y por el hombre, proponiendo su común fundamento en la *vida* (Ortega, que es, probablemente, la última gran expresión de esa filosofía); otra ha propuesto a la *existencia* como determinación “esencial” de “este ser que soy en cada caso”, el ser-ahí (Dasein), eludiendo la respuesta de la filosofía de la persona, o bien, rechazándola (Heidegger) en discusión con las recientes expresiones de esta filosofía (en Scheler). Se hace necesario un estudio de los argumentos y de los supuestos de fundamentos y críticas.

2. Otro método consistiría en el estudio de las situaciones humanas delineadas en la historia de la filosofía, con la mira puesta en la descripción de las diferentes situaciones encaradas por los filósofos. Este camino sería menos directo, pero más prolijo y, probablemente, más fecundo. Daría la posibilidad de incluir en una teoría de la situación los tanteos, las experiencias y el saber enriquecido y afinado de la tradición cultural; es decir, abriría la más amplia perspectiva ante el conocimiento, restringido, si se parte de una situación individual (la mía) o de una época (la nuestra). Historia significa, desde el conocimiento, acrecentamiento de la experiencia de lo humano.

Un ejemplo de parcialidad (introducida probablemente por la limitación de la perspectiva y por la aplicación de métodos predominantemente subjetivos) nos ofrece la concepción de la situación, tal como se nos muestra en las filosofías llamadas de la existencia. Es común a ellas una concepción del mundo y de la situación humana desde un temple de ánimo afectivamente prevenido: el mundo aparece como hostil, la colectividad humana como masa, la situación es obstaculizadora, el existente ha de ser necesariamente insolidario, etc. Revela una sensibilidad dominada por una dislocada tendencia a detectar del contorno los aspectos desfavorables negativos. Pero un tratamiento adecuado del tema debería ejercerse sobre un material histórico y pondría de manifiesto lo que hay de inadecuado (pese a todos sus logros) en esta corriente de pensamiento dominada por una “cultura” de la desesperación.

Hemos empezado por considerar el concepto de “situación” en Aristóteles, en quien una primitiva intuición del ser humano en su “esencia” y en relación con la circunstancia, se abstraía en las categorías lógicas. La descripción de situaciones concretas, en cambio, expuestas con gran complacencia en el rasgo psicológico y en un universo de pensamiento plástico y complejo, se la debemos a Platón. El tema de la situación es, probable-

mente, reciente. Pero la preocupación filosófica por las situaciones mismas no tiene nada de reciente. Surge con la primera gran madurez de la filosofía y en ella pervive con una vitalidad renovada. Y no deja de ser significativo que las primeras descripciones de situaciones humanas, susceptibles de un desarrollo filosófico, hayan comenzado por ser expresiones de un mundo humano protagonizado por personas (prósopa), o personajes del drama de la existencia, que es, en definitiva, drama del espíritu.

Toda discusión y toda temática en los diálogos platónicos son precedidas por el diseño de una situación concreta. Esto, que es más visible en los diálogos llamados socráticos, tiene probablemente su origen en la fidelidad primitiva de Platón a su maestro. Sócrates fue el descubridor del diálogo como medio de dotar de toda su fecundidad a los logoi. Y el diálogo surge en una circunstancia de la que emerge un problema, una aporía o una exigencia de claridad y de verdad. La situación constituye una apertura al sentido de la teoría, es como una atalaya desde la cual se otea una perspectiva que adquiere forma ante la mirada de la inteligencia. Ahora bien, el diálogo mismo se constituye en una situación (la situación dialógica), precedida por situaciones predialógicas. Constituyen éstas el incentivo sobre el cual ha de prender el diálogo, a partir del cual se constituye una especial situación. En esta elección del diálogo como medio de trato o de exposición doctrinal encontramos una exigencia: la de una forma óptima de comunicación interhumana, y no sólo en el orden intelectual, puesto que el diálogo no consistirá simplemente en un intercambio de razones, sino en un verdadero examen personal y un recurso para la intimidad. La elección del diálogo entraña, también, la de un determinado nivel humano como el adecuado para la filosofía, que es, según la concepción clásica, la actividad que pertenece eminentemente al hombre. La descripción de la situación en sus momentos esenciales encuentra en los diálogos platónicos un material inapreciable, a la vez que de su exégesis puede obtenerse la forma de la situación humana concebida en uno de sus niveles más propios.

La situación dialógica se realiza siempre por obra de una decisión. Los términos con que se alude a él son varios y todos encierran el sentido de un propósito, intento, imperativo, designio, deseo... (boulomai, peiroo, deomai, dianoumai, prothymeomai). En algunos diálogos, en los que la intención metódica es más acusada se usa el término "diánoia" (designio inteligente, pensamiento en tensión hacia algo), término que ha de cumplir, en los diálogos de la madurez de Platón, una función metódica de

importancia. La situación nace siempre de una resolución o designio. No es, por tanto, algo ocasional o fortuito (aunque pueda serlo la situación predialógica). Por lo general se presenta con el carácter de algo urgente o de gran importancia, lo que lleva a dar a un común propósito el carácter de un compromiso intelectual y ético. La situación aparece como compromiso por obra de una coincidencia de intenciones; está siempre propuesta, es decir, puesta en vista de fines. Objetivos y fines poseen siempre valor. La situación se concreta como deliberación en vista de determinadas pretensiones, posee un tono cualitativo y se presenta como problemática en el momento de la elección.

Tal aparece, a grandes rasgos diseñada en sus comienzos, una situación dialógica, en la que Platón quiso exponer la actividad filosófica de su maestro. En ella se va desarrollando la actividad dialéctica bajo la pasión de los principios. Es una situación muy especial, sin duda. Pero no podrá negarse su alta autenticidad. Es una situación humana, una de las que deben merecer nuestro estudio. Importa no desdeñar en ella su sesgo axiológico. La filosofía, en verdad, no debe perder su función normativa, concretamente entendida en conexión a nuestra conducta y nuestras creencias, función impuesta por la naturaleza necesariamente prospectiva del hombre, a la vez menesterosa y esperanzada.